

Doce y una, trece

Por Juan GARCÍA PONCE

Dibujos de Roger VON GUNTEN

A Meche

Los personajes son:

JORGE
SYLVIA
EDUARDO
MARTHA
JUEZ
SECRETARIA
NIÑA
POLICÍA

En términos generales, el escenario debe recordar el cuadro de Henri Matisse titulado Estudio Rojo. En él, se destaca el retrato de Silvia —que no debe ser realista y ni siquiera tiene que parecer un retrato— y una ventana, pintada sobre la tela. Los colores de los trajes y las formas y colores de los muebles deben integrarse al conjunto, como ocurre en el cuadro de Matisse. No hay puertas. Los personajes entran y salen por los laterales simplemente. El movimiento escénico previsto por el director es el que debe determinar por qué lado. Los efectos realistas como el humo, el abrir y cerrar ventanas, etcétera, deben ser creados por la iluminación y el movimiento escénico. Así, el escenario debe dar la sensación de que es precisamente eso: un escenario, en el que la elección de objetos no obedece a la realidad caótica y casual, sino a una realidad teatral.

Al levantarse el telón se escucha un concierto de Vivaldi. Jorge está sentado en un sillón, fumando. La habitación está llena de humo. Termina la música. Jorge se levanta y pone otro disco, también de Vivaldi. Prende un nuevo cigarro y se acuesta en el sofá. Pausa larga. Todos estos movimientos se realizan muy lentamente. Su propósito es crear un ambiente irreal, en el que la sorpresa del escenario, la música y los movimientos del actor deben colaborar paralelamente. Entra Sylvia, cargada con una cantidad increíble de paquetes de todos tamaños y formas. Ahora la escena se desarrolla muy rápidamente, como un juego de prestidigitación en el que el elemento fundamental es el ritmo.

SYLVIA.—¡Hermano!

JORGE.—(Sentándose) ¡Hermana!

Los paquetes empiezan a caer al suelo.

SYLVIA.—¿No crees que deberías ayudarme?

Jorge se levanta y recoge los paquetes poniéndoselos en los brazos otra vez; pero mientras Sylvia dice los siguientes parlamentos, indiferente por completo a ellos, los paquetes se caen una y otra vez, y Jorge tiene que repetir el juego de levantárselos y ponérselos en los brazos innumerables veces.

SYLVIA.—(Tendiéndole la mejilla) Antes que nada bésame.

Jorge la besa. Los paquetes siguen cayéndose y él recogiendo los.

SYLVIA.—Vivaldi me recibió en la escalera y...

JORGE.—(Dejando un paquete en sus brazos) Supiste que era yo.

SYLVIA.—Eso es. ¿Cómo lo adivinaste?

JORGE.—(Agachado, recogiendo un paquete) Hace dos horas que estoy aquí, esperándote.

SYLVIA.—(Mientras Jorge sigue el mismo juego) ¡Pobrecito mío! El centro estaba verdaderamente imposible. Entrar en él es como sumergirse en un mar embravecido. En la confusión te encuentras con los peces más terribles, con algas misteriosas que nunca has pensado que existieran, con cavernas llenas de luz y cavernas llenas de sombra, tienes que vencer los peligros más inesperados y sobre todo luchar con la sensación de que nunca podrás encontrar el camino de re-

greso al aire libre, a la luz. Pero qué tontería; contigo no necesito explicar nada. Tú eres Jorge.

JORGE.—(Agotado) Sí.

Toma los paquetes y los deja detrás del sofá. Sylvia, en tanto, mira en su derredor.

SYLVIA.—¡Qué increíble eres! En dos horas te has adueñado de mi casa. Mira qué cantidad de humo. ¿Cómo puedes vivir así? Mi médico dice que el desorden exterior es un símbolo. Ten cuidado. (Va hacia la ventana y la abre) ¿Te importa que cierre las cortinas? No soporto la luz del sol a esta hora, convierte todo en un espejo deslumbrante. (Jorge niega con la cabeza y ella cierra las cortinas) Y el tocadiscos a todo volumen, como siempre. ¿Te importaría que lo quite? (Jorge niega con la cabeza y ella apaga el tocadiscos) ¿Qué más? Ahora está demasiado oscuro ¿no? (Prende unas lámparas) Ya sólo falta liberar a mi estancia de tu apestoso cenicero. (Toma el cenicero y con él en la mano se acerca a Jorge, que está dándole una chupada a su cigarro) ¿Terminaste? (Le quita el cigarro y lo pone en el cenicero) Regreso en un segundo.

Sale. Jorge, un poco atontado, la sigue con la mirada y luego se acerca a ver el retrato. Pausa. Entra Sylvia. El ritmo ahora es mucho más lento.

SYLVIA.—¿En qué piensas?

JORGE.—(Volviéndose) En nada.

SYLVIA.—(Acercándose a él) ¿No te recuerda otros tiempos?

JORGE.—Sí. Es peor de lo que pensaba. Qué mal pintor era entonces.

SYLVIA.—No seas tonto. Es tu mejor cuadro. Yo lo sé. (Le toma la mano y lo arrastra al sofá) Ven, siéntate a mi lado y cuéntamelo todo.

JORGE.—¿Qué todo?

SYLVIA.—La historia de tus sufrimientos; tu vida; qué has hecho, con qué has soñado, qué has realizado. Quiero saberlo todo. ¡Me emocionó tanto saber que estabas aquí otra vez! No pude dejar de llamarte. Pero ya que has obedecido y estás aquí, quiero saberlo todo.

JORGE.—Yo pensé que eras tú la que tenía algo que decirme.

SYLVIA.—Sí, es verdad; tengo muchas noticias; pero prefiero dejarlas para más adelante. Ahora quiero oírte a ti, saber de tu vida.

JORGE.—Hay muy poco que contar. Vi cosas, trabajé, estoy contento.

SYLVIA.—¿No tuviste dificultades para encontrar la llave?

JORGE.—No; estaba donde tú me dijiste. (Se saca una llave de la bolsa) Por cierto, aquí la tienes.

SYLVIA.—Guárdatela. Me gusta pensar que tú tienes llave también.

JORGE.—Y Eduardo ¿cómo está?

SYLVIA.—Mal. Es toda una historia. No trabaja.

JORGE.—¿Por qué?

SYLVIA.—¿Quién puede saberlo? Eduardo ha sido siempre un misterio para mí.

JORGE.—Es tu marido. (Pausa corta) ¿No?

SYLVIA.—Por eso. En cambio tú estás muy bien. No es difícil descubrirlo. Y me da mucho gusto, te lo advierto. Tú siempre has sido... mi hermano, mi hermano querido.

JORGE.—(Sonríe) Tu hermano...

SYLVIA.—¿No es cierto?

JORGE.—Sí.

SYLVIA.—¡Es maravilloso que hayamos llegado a sentirnos así!

Tú no puedes imaginarte el gusto que me da. Me sentía tan incómoda al principio. Tú no podrás creerlo, pero yo nunca dejé de quererte, nunca. De esta manera, claro. Por eso ha sido magnífico que lo entendieras al fin. No me hubiera gustado perderte; no hubiera sabido resignarme. Sé que no tengo que agradecerte nada, pero me alegro de que seas inteligente, tan inteligente como siempre pensé. Ven; dame un beso, de hermano. (Jorge la besa en la mejilla) ¿Qué pensaría la gente si nos viera así, besándonos? Jamás lo entenderían, ¿no crees?

JORGE.—(Sin entenderlo tampoco) Jamás.

SYLVIA.—Bueno, ahora Jorge está aquí otra vez. Y me da mucho gusto. Sólo con él puedo hablar de ciertas cosas. ¡Y han pasado tantas!

JORGE.—¿No eres feliz?

SYLVIA.—¿Qué importa eso? Ninguna persona inteligente quiere ser feliz. Yo me conformo con estar viva. Pero los últimos meses... No sé cómo empezar. Ayúdame.

JORGE.—¿Es algo de Eduardo?

SYLVIA.—También. El pobre mío sufre, desgraciadamente sabe cómo sufrir. Se angustia y yo no sé cómo ayudarlo. Tú ya me conoces. A mí la angustia se me contagia con más facilidad que la gripe. Es terrible. Pero, además, yo también estoy mal; eso es lo peor. Nuestra vida es un interminable cambio de virus angustiosos. Desde hace tres meses veo mariposas negras todas las mañanas. ¿Te das cuenta de lo que es eso? Todos los días empiezan mal; desde hace tres meses. Mariposas negras, un día perdido y otro y otro. Cuando estoy contigo es diferente. Eduardo no me ayuda, está solo y me deja sola. Nuestras sombras nunca se cruzan. ¿Te estoy aburriendo?

JORGE.—No, al contrario. Pero te confieso que no entiendo nada.

SYLVIA.—Mejor. Lo que necesito es hablar, desahogarme, quedarme vacía de todas las palabras no dichas, liberarme de su peso.

Se levanta y camina de un lado a otro. Jorge la sigue con la mirada.

SYLVIA.—¿Cómo me encuentras?

JORGE.—Muy guapa.

SYLVIA.—¿Tanto como antes?

JORGE.—Mejor que antes.

SYLVIA.—¿Por qué jamás estamos satisfechos, Jorge?

JORGE.—No lo sé. Ni siquiera sé si estás satisfecha o no.

SYLVIA.—No lo estoy. Me siento vacía. No hago nada, no deseo nada. Pero no, no quiero engañarte. Te estoy mintiendo. Ahora estoy contenta. Y quiero que tú seas el primero en saberlo. No se lo he dicho ni a Eduardo. Mírame. Es una gran noticia. Voy a tener un hijo.

JORGE.—(Sin pensarlo) ¿De quién?

SYLVIA.—¡Jorge! De Eduardo, por supuesto.

JORGE.—¿Y por qué...?

SYLVIA.—¿Por qué decírtelo a ti antes que a nadie? No me lo preguntes. No sabría contestarte. Cuando supe que estabas aquí, que habías regresado, pensé: Jorge tiene que ser el primero en saberlo. Pero eso es todo. No me pidas razones, no me preguntes nada. Todo lo que puedo decirte es que quisiera que tú fueras el primero.

JORGE.—Gracias.

SYLVIA.—¡Nuestra relación maravillosa! La mejor de las relaciones. Nunca terminaré de alegrarme por haberte dejado. Te veo y pienso que debería haberlo hecho mucho antes. De este modo estamos infinitamente mejor. De ti sé que puedo tomar y tomar sin avergonzarme. Tampoco sé por qué, pero es verdad. Con Eduardo es diferente. Eduardo es el enemigo. El matrimonio es una lucha. Los dos tenemos miedo y tratamos antes que nada de protegernos, de ocultarnos uno del otro, de tomar sin dar. Eduardo se ha vuelto suspicaz, introvertido. Todo lo que no me gusta, lo que siempre he despreciado, lo que me hizo terminar contigo. Pero ahora le he derrotado. He tomado de él lo mejor que podía darme y va a ser sólo mío.

JORGE.—Él es el padre.

SYLVIA.—Los padres no existen. Ahora sólo cuento yo; yo soy el árbol, yo tengo la savia. ¿Sabes que él quiere irse? No se ha atrevido a decirme nada; pero yo lo sé, lo leo en sus ojos. Está preparando todo para dejarme. Puede hacerlo. Yo no trataré de retenerlo, no me importa nada.

JORGE.—Pero Eduardo te quiere.

SYLVIA.—A su manera, a la manera de los hombres. Suponiendo siempre que me hace un gran favor.

JORGE.—Pobre Eduardo...

SYLVIA.—Tú no puedes hablar así. Tú eres mi hermano, no puedes estar de su lado.

JORGE.—Lo estoy.

SYLVIA.—Entonces eso es que... eso sólo puede ser que me quieras todavía. ¡Jorge! ¿Me quieres todavía?

JORGE.—Sí.

SYLVIA.—¿Es cierto? ¿No me has olvidado? ¿Soy todavía Sylvia, la Sylvia que posó para esa locura de retrato?

JORGE.—Sí.

SYLVIA.—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Mi hermano! Ven, abrázame, bésame.

JORGE.—No.

SYLVIA.—(Sorprendida) ¿Por Eduardo? No seas tonto. Él te hizo lo mismo y yo nunca he sido de él como fui tuya, como soy tuya. Ven.

JORGE.—Vas a tener un hijo.

SYLVIA.—(Se ríe) ¡Jorge! ¡Mi hermano tonto! No es cierto. ¿Cómo pudiste creerlo? ¿No te das cuenta? Eduardo va a dejarme y tenía que inventar algo. Se me ocurrió en este momento porque no tenía nada a mano para justificar mi llamada, porque quería verte y no sabía cómo hacerte venir. Tú eres el único culpable de mi invención.

JORGE.—Pobre Eduardo.

SYLVIA.—Deja de pensar en él. En este momento no existe. Bésame.

JORGE.—Pobre Jorge.

Se besan. Sylvia lo lleva al sofá, lo obliga a pasarle el brazo por los hombros y se recuesta contra él, con la cabeza apoyada en su hombro. Los dos forman un cuadro de apacible felicidad. Sylvia es la novia, tierna y buena.

SYLVIA.—¡Había soñado tanto con volver a estar así! Ahora todo me parece un sueño idiota. Es como si los últimos años no existieran, se hubieran evaporado. Me iré a vivir a tu casa y volveremos a empezar todo como antes; pero abiertamente, sin engañar a nadie. El engaño fue el que echó a perder las cosas la última vez. Me hacía sentir celos, me sentía disminuida, hecha a un lado. Tú tenías una vida aparte de la que yo no participaba nunca. Jamás pude dejar de pensar que lo mejor de ti mismo se lo dabas a tus amigos, esos amigos con los que te ibas después de dejarme, que te engañaban con sus elogios falsos. En cambio, yo era la que te exigía las cosas, la que en realidad te obligaba a crear; pero no te dabas cuenta y pensabas que no me necesitabas. Pobre Jorge. Ahora todo será diferente. Estaremos los dos solos, aparte del mundo. Tus obras serán solamente mías y te darás cuenta de que no necesitas a nadie más, porque yo soy la única que puede hacerte crear. ¡Sentía tantos celos, Jorge!

JORGE.—De Eduardo, ¿no?

SYLVIA.—(Impávida) De Eduardo y de todos los demás. De todo ese grupo que te alejaba de mí. Pero no volveremos a equivocarnos, ya lo verás. Nos cambiaremos de casa y nadie podrá encontrarnos.

JORGE.—A mí me gusta mi casa.

SYLVIA.—Encontraremos una mejor. (Pausa) ¿No estás de acuerdo?

JORGE.—No.

SYLVIA.—Es imposible. Estamos juntos.

JORGE.—(Quitando el brazo de sus hombros) Todavía no.

SYLVIA.—Me has besado.

JORGE.—No quería hacerlo.

SYLVIA.—Es mentira. Piensa. Tú todavía estás enamorado de mí.

JORGE.—No lo sé. Pero no quiero eso. No quiero que tú "me hagas crear". Yo quiero crear solo. Y necesito a mis amigos.

SYLVIA.—Como Eduardo. (Pausa) ¿Por qué viniste entonces?

JORGE.—Quería verte.

SYLVIA.—¿Lo ves? Me necesitas. Jorge, mírame...

JORGE.—No te necesito. Tal vez te quiero; pero no te necesito.

SYLVIA.—Es lo mismo, tonto. (Pausa) Estoy tan sola, Jorge. Mírame. Estoy sola, puedes tomarme.

JORGE.—Y llévate a mi casa y dejar que me chupes la vida poco a poco.

SYLVIA.—Sí.

JORGE.—Eso no es lo que quiero.

SYLVIA.—Pero no puedes evitarlo. Lo has deseado siempre y no has dejado de pensar en ello un solo minuto mientras estuviste fuera. Tú eres el único culpable porque no has logrado verme como hermana, que es lo que yo quería. Eduardo y tú no pueden ser amigos. Pueden fingir durante un cierto tiempo, guardar las apariencias, pero jamás podrán volver a ser amigos. No como antes. Eso es algo que he ganado. Y ahora, a pesar de todo, tú quieres llevarme contigo. ¿Por qué no lo haces? Yo te quiero, y estoy dispuesta a irme. Puedes tomarme. Te he estado esperando y te hablé porque no quería perderte; pero puedo arrepentirme. (Pausa) ¿No vas a tomarme? Aquí estoy.

JORGE.—¿Te vendrías ahora mismo?

SYLVIA.—Si tú me lo pides, sí.

JORGE.—Ven.

SYLVIA.—(Como si en realidad se le hubiera declarado) ¡Jorge! (Lo besa) Voy a hacer las maletas. No te muevas, al regresar quiero encontrarme con esa misma mirada.



Sale. Jorge se queda sentado en el sofá con la mirada perdida. Alguien toca el timbre, que suena muy fuerte, como una alarma.

VOZ DE SYLVIA.—(Natural) Jorge, ve a abrir.

Jorge se dirige al lateral por donde un momento después entra una Niña de unos siete años, con una enorme mochila de escuela. La Niña besa a Jorge en la mejilla.

NIÑA.—Hola, papá.

Jorge la mira asombrado. Mientras la Niña entra, deja la mochila sobre la mesa, la abre y saca cuadernos, libros y lápices.

NIÑA.—¿Y mamá?

JORGE.—¿Qué mamá?

NIÑA.—Mamá.

JORGE.—¿Mamá... es Sylvia?

Señala con la cabeza hacia el lugar por el que salió Sylvia.

NIÑA.—(Pedante, suficiente) Claro, papá...

JORGE.—¿Y papá... papá soy yo?

NIÑA.—(Pedante, con cierta compasión por su ignorancia y tontería) Claro, papá.

JORGE.—(Para sí) No entiendo...

Pasa la mirada por el cuarto como tratando de reconocerlo y al fin se queda con los ojos clavados en el retrato de Sylvia. Pausa larga. Mientras, la Niña se sienta en el suelo, frente a la mesa, y empieza a escribir en los cuadernos.

JORGE.—(Apartando con esfuerzo la vista del retrato de Sylvia, a la Niña) ¿Tú te... te llamas Sylvia?

NIÑA.—(Escribiendo) Claro.

JORGE.—Y yo... yo... puedes explicarme por qué yo... yo...

NIÑA.—(Dejando de escribir) Estoy haciendo mi tarea, papá; no puedo hablar en este momento.

Vuelve a escribir. Se oye, muy fuerte, el llanto de un Niño.

VOZ DE SYLVIA.—Jorge, Jorge...

Jorge no contesta o no oye siquiera. La Niña escribe. El Niño llora cada vez más fuerte.

VOZ DE SYLVIA.—¡Jorge!

JORGE.—(A la Niña) ¿Qué es eso?

NIÑA.—(Suficiente) Debe ser Jorgito.

Sigue escribiendo.

JORGE.—(Aterrado) ¡Jorgito!

Entra Sylvia en bata, a medio peinar y medio maquillar, empujando la imagen ideal de un coche de niño.

SYLVIA.—(A Jorge. Mientras la Niña se levanta, le da un beso en la mejilla y regresa a escribir ajena a todo) ¿Qué estás haciendo? ¿No me oías? El niño está llorando y yo tengo que arreglarlo. Es imposible seguir así. Necesito que me ayudes en algo. Sentarse en un sillón horas enteras y soñar con mundos de inasible belleza es muy cómodo, todos quisiéramos hacerlo; pero ésta es la vida, la realidad plana y directa. Despierta ya. ¿Recuerdas tus promesas? "Estaremos juntos en todo, lo compartiremos todo." Música celestial para los oídos de una imbécil como yo. Y ya son casi las siete. ¿Qué esperas? ¡Jorge! ¡Te estoy hablando! Contesta al menos.

Jorge agarra el coche como un autómatas. El Niño sigue llorando.

JORGE.—¿Qué hago?

SYLVIA.—Lo que quieras. Muévelo, pásalo, cárgalo, mécelo, usa tu imaginación, tu sagrada imaginación, pero cállalo. Las siete, son casi las siete, ¿te das cuenta?

JORGE.—(Culpable) Sí. Perdóname.

Sale Sylvia. Jorge pasea de un lado a otro el coche. El Niño sigue llorando. De vez en cuando él se detiene

y se inclina sobre el coche para mirarlo, asombrado. La escena se prolonga indefinidamente. Jorge pasea; el Niño llora; la Niña escribe. De pronto, el Niño se calla y el silencio llena el escenario. Jorge voltea hacia el lateral por donde entra Eduardo.

JORGE.—Eduardo, ¿eres tú?

EDUARDO.—¿Estás aquí? Yo pensé que...

En tanto, la Niña se levanta, guarda los cuadernos, libros y lápices y sale, llevándose el coche con el Niño.

JORGE.—Pasa, pasa...

EDUARDO.—Sylvia me dio la llave. Me dijo que probablemente no habría nadie y que era mejor que... ¿No te importa?

JORGE.—¿La llave? ¿qué llave? (*Comprende*) Ah, no, claro, no, no me importa. Pasa, siéntate.

EDUARDO.—¿Sylvia... está aquí?

JORGE.—¿Sylvia? Sí, sí, claro...

VOZ DE SYLVIA.—¿Eres tú, Eduardo?

EDUARDO.—(*Radiante*) Sí, soy yo.

VOZ DE SYLVIA.—No vayas a entrar. Estoy lista en un momento. Espérame allí.

EDUARDO.—(*Un poco desconcertado*) Aquí está Jorge.

VOZ DE SYLVIA.—(*Impávida*) ¿Jorge? Ah, muy bien. Habla con él mientras salgo entonces.

EDUARDO.—(*A Jorge*) ¡Qué admirable mujer tienes!

JORGE.—(*Desconcertado, un poco preguntando, sin saber si es una broma*) Sí... ¿verdad?

Pausa muy larga. Los dos pasean la vista por la habitación. Cuando sus miradas se encuentran, los dos voltean hacia otro lado. Al fin Eduardo se le queda mirando fijamente.

EDUARDO.—(*Decidido*) Tengo que confesarte una cosa. Yo he estado enamorado de ella mucho tiempo; pero ahora puedo decírtelo sin ningún temor. Gracias a ella, que ha sabido llevarlo todo admirablemente, he logrado superar ese sentimiento. Ahora la veo como... una hermana. Sí, eso es, exactamente como una hermana. Pero he sufrido mucho, te lo advierto. Me sentía culpable ante ti y, especialmente, ante ella, que es tan maravillosa. ¿Me entiendes?

JORGE.—Sí, sí, claro.

EDUARDO.—¿Seguro?

JORGE.—Sí; claro que sí.

EDUARDO.—¡Gracias, Jorge! ¡Qué peso me quitas de encima! No puedes imaginarte por lo que he tenido que pasar. Un verdadero viacrucis. Estaba aprisionado en una tela de araña. No me sentía capaz de nada, ni de renunciar a ella, ni de hacerte esa porquería a ti, al que estimo tanto. ¡Sylvia, Sylvia, SYLVIA! La tenía delante de mí todo el tiempo, deslumbrante como el sol, viva, verdadera. ¡Qué mujer tienes!

JORGE.—Comprendo...

EDUARDO.—(*Estallando*) No, eso no puedes comprenderlo. Es imposible. No tú. Tú la tienes, te pertenece. Tú no sabes lo que es dormir a solas, con su imagen, y pensar en ella, que estaba a tu lado, llenando tu vida, dotándola de sentido. Tú no sabes lo que es sentirse incapaz de trabajar ni de hacer nada. Tú no sabes lo que es saber que no sólo la quieres a ella, sino que quieres algo mucho más inalcanzable: su amor. (*Pausa*) ¿No estás celoso?

JORGE.—No, creo que no.

EDUARDO.—¡Formidable! Eres una gran persona, ¿lo sabías?

Jorge sonríe modestamente.

EDUARDO.—Es verdad. Yo te admiro. Y no me duele decirlo, al contrario, me enorgullece. Eso también se lo debo a ella, a Sylvia, mi hermana. ¿Has pensado alguna vez en lo que tú le debes?

JORGE.—No, yo...

EDUARDO.—Simplemente todo lo que eres. Ella es tu musa, Jorge, la verdadera creadora. Sin ella sólo encontrarías el silencio.

JORGE.—Tal vez tengas razón...

EDUARDO.—Me alegro de que lo reconozcas. (*Saca una llave y la enseña*) Y me alegro también de ser digno ahora de tener esta llave, la llave de tu casa.

JORGE.—(*Mirándola*) La llave... (*Pausa. Decidido*) Eduardo, no entiendo nada; tienes que explicármelo. ¿Quién soy yo?

EDUARDO.—¿Tú? Tú eres Sylvia. Ella te llena, te domina, se proyecta a través de ti, en tus obras, en todo lo valioso que tienes.

JORGE.—Y ¿quién eres tú?

EDUARDO.—Yo también soy Sylvia.

JORGE.—Entonces ¿por qué no hacemos algo?

EDUARDO.—(*Abatido*) ¿Qué podemos hacer?

JORGE.—Pero la situación...

EDUARDO.—La situación es ésta: yo estoy en tu casa y voy a llevarte a tu mujer al teatro.

JORGE.—(*Olvidándose de lo anterior*) No. No quiero.

EDUARDO.—Tienes que aceptarlo.

JORGE.—¿Por qué?

EDUARDO.—No lo sé. Pero puedo decirte algo. En realidad no la necesitas. Las mujeres no tienen ninguna importancia. Somos nosotros las que las inventamos; las investimos con cargos que no merecen, les hacemos creer que son indispensables. Es mentira. Yo sé cómo te sientes. Lo sé porque he pasado por eso también. Pero estoy aquí para ayudarte. Todo lo que tienes que hacer es enfrentarte a los hechos y darte cuenta de que no la necesitas. Inmediatamente, te sentirás liberado. Quédate solo contigo mismo un instante y medita.

Jorge obedece. Pausa larga.

EDUARDO.—¿Sientes algo?

JORGE.—Que Sylvia es mi mujer y no vas a quitármela.

EDUARDO.—¡No, no! ¡Eso no es lo que importa! ¡Piensa, libérate, sálvate a ti mismo!

JORGE.—(*Después de una pausa, agotado*) No puedo.

EDUARDO.—Tal vez esto te ayude. Mira. (*Se saca un papel de la bolsa*) Aquí tengo una carta suya. (*Lee*) "No sé como empezar. Ayúdame. El pobre Jorge sufre, desgraciadamente sabe cómo sufrir. Se angustia y se retuerce y yo no sé cómo ayudarlo. Tú ya me conoces. A mí la angustia se me contagia con más facilidad que la gripe. Es terrible. Pero, además, yo también estoy mal; eso es lo peor. Nuestra vida es un interminable cambio de virus angustiosos. Desde hace tres meses veo mariposas negras todas las mañanas. ¿Te das cuenta de lo que es eso? Todos los días empiezan mal; desde hace tres meses. Mariposas negras, un día perdido y otro y otro. Cuando estoy contigo es diferente. Jorge no ayuda, está solo y me deja sola. Nuestras sombras nunca se cruzan..."

JORGE.—(*De pie, exaltado*) ¿Te está engañando! ¡A mí me dijo lo mismo cuando... (*Cada vez más bajo*) cuando... cuando... (*Se sienta*) Esto no puede ser, Eduardo. ¿Cómo ha sucedido? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Tú y yo éramos amigos ¿lo recuerdas? Las tardes enteras que hemos pasado juntos, hablando... La comunicación... Un intercambio libre, positivo. Luego yo conocí a Sylvia y dejé de verlos, a ti, a todos. Estaba ciego, yo tuve la culpa, lo comprendo; pero las cosas pueden remediarse.

EDUARDO.—¿Qué quieres decir?

JORGE.—Que podemos volver a ser libres. No le debemos nada, ella es la que nos necesita, la que nos utiliza. Yo le he oído decir cosas que sé que son tuyas como si fueran de ella y estoy seguro de que a ti te ha pasado lo mismo.

EDUARDO.—Entonces ¿quieres liberarte?

JORGE.—¡Quiero!

EDUARDO.—¿Te sientes capaz de vivir solo?

JORGE.—¿Por qué no? Ya lo he hecho antes y no me iba tan mal.

EDUARDO.—¡Maravilloso! Cuenta conmigo; si es que puedo ayudarte.

JORGE.—Puedes.

EDUARDO.—¿Qué es lo que tengo que hacer?

JORGE.—Niégate a ser "su hermano", no te prestes al juego.

EDUARDO.—Imposible. Eso es diferente, tú no lo comprendes, no puedes comprenderlo. Después de todo, tú eres el marido.

JORGE.—(*Gritando*) ¡Pero no, no es cierto, es una mentira, nos engaña a todos!

EDUARDO.—Espera, déjame terminar. La relación entre Sylvia y yo es algo sublime, está más allá de tus pequeños problemas. No es así como debes tratar de liberarte. Ahora Sylvia y yo somos libres porque nos comprendemos. No se trata de dar y tomar, sino de acompañarnos, de enriquecernos mutuamente, en un plano de absoluta igualdad.

JORGE.—¡Es que eso no existe, no puede existir, simplemente porque no son iguales! ¿Es posible que no adviertas la diferencia?

EDUARDO.—Lo que no es posible es que pienses así. Tú eres un hombre moderno.

JORGE.—Yo soy un hombre.

EDUARDO.—Moderno.

JORGE.—Hombre.

EDUARDO.—¡Moderno!

JORGE.—¡Hombre!

EDUARDO.—Es lo mismo. Nos estamos apartando del tema.

JORGE.—(*Agotado*) ¿Cuál es el tema?

EDUARDO.—Sylvia. Tienes que enfrentarte a las cosas, Jorge. Tú no la necesitas y yo estoy enamorado de ella, enamorado en el sentido que a ella le hace falta. Libérate de tus falsos temores y déjanos.

JORGE.—No te entiendo. ¿Quieres que yo me vaya para quedarte tú?

EDUARDO.—Sí. Y tú no puedes negarte. Acabas de confesar que puedes vivir sin ella; en cambio yo no puedo. Sylvia me es tan indispensable como el aire, como el fuego, como el agua, como los cuatro elementos naturales.

JORGE.—Ése no es el punto. (*Se pone de pie y lo toma por los hombros*) Mírame, Eduardo. Soy yo, Jorge, tu amigo. La historia es muy sencilla. Un día en que las estrellas se conjuraron en mi contra, conocí a Sylvia. Luego, otro día, te la presenté. Lo demás no lo entiendo. Pero tiene que haber una solución. Si los dos renunciamos a ella, tal vez podríamos volver a encontrar la realidad. Estén como estén, las cosas no pueden seguir así, porque así no es la vida. Yo creo que tengo la solución más justa.

EDUARDO.—¿Cuál es?

JORGE.—Que renunciemos los dos a ella.

Pausa.

EDUARDO.—¿Es un trato?

JORGE.—Un trato.

Eduardo le tiende la mano, él se la estrecha; se abrazan.

JORGE.—¡Qué descanso! Siento que me he quitado un peso de encima. ¿Lo habremos logrado? Tú no puedes imaginarte...



Sylvia (*Como una especie de prueba, mitad preguntando, mitad afirmando*) se casó conmigo...

EDUARDO.—Sí, sigue. ¿Qué ibas a decir?

JORGE.—Que Sylvia se casó conmigo, o lo que sea, ya no sé ni en qué tiempo vivo, sobre la base de que nuestra relación era una especie de acuerdo mutuo, un trato entre espíritus semejantes. "Tú das y tomas; yo doy y tomo." (*Pausa*) No era cierto, con las mujeres eso no es posible. Cada uno cumplió sólo la mitad del trato: yo daba y ella tomaba, tomaba sin descanso, sin saciarse nunca. Yo le hablaba a ella y ella le hablaba a los demás, y cuando yo repetía mis ideas delante de esas mismas personas, se reían de mí y me decían que la imitaba en todo y que debería citar entre comillas para no ser acusado de plagio. Tú estabas fuera y no has sido testigo de eso, tal vez no puedas comprenderlo...

EDUARDO.—Sigue, dímelo todo, lo comprendo perfectamente, no tienes más que hablar.

Sin ser advertidos por Jorge, entran el Juez y la Secretaria. El Juez con toga y peluca, imponente. La Secretaria vieja, con lentes, encogida, arrugada, sucia, con un cuaderno y un lápiz gigantescos. Apunta todas las palabras de Jorge.

JORGE.—Empecé a perder la confianza en mí mismo y a pensar que tal vez los demás tenían razón y las ideas no eran mías sino de Sylvia. Y luego ¿cómo puede creer un imbécil? No me atrevía a enseñarle mi trabajo a nadie y a ella menos todavía, y cuando al fin me decidí a hacerlo, ella logró convencerme de que mis temores eran justificados.

EDUARDO.—¿Por qué no la dejaste?

JORGE.—Porque ella es maravillosa. La necesitaba, necesitaba las ideas que ahora eran suyas, tenía miedo de quedarme solo. Sin embargo, al fin, decidí alejarme,irme de viaje. (*Pausa. Deprimido*) Me sentí peor que nunca. Tenía miedo de que me engañara y además quería tenerla a mi lado, tener su cuerpo, sentirla junto a mí y oírla respirar por la noche, ver su ropa junto a la mía en el ropero, mirar su sonrisa, sus pechos, sus piernas, su cuello, la curva de sus hombros...

EDUARDO.—(*Entusiasmado*) Sí, sí, sigue, eso es maravilloso...

JORGE.—¡No! Espera. Regresé para descubrir que mis temores eran justificados: me había engañado. (*Pausa corta*) ¡Contigo!

EDUARDO.—(*Ofendido*) ¿Estás diciendo que tu mujer, que Sylvia, te ha sido infiel?

JORGE.—Sí. Contigo.

EDUARDO.—¡Es mentira! ¡Has perdido la razón! Ahora lo comprendo. Todo es una mentira monstruosa, una calumnia. Estás enfermo. ¡Tienes delirio de persecución!

JORGE.—¡Es verdad! ¡Todo es verdad! Me ha robado, me ha despojado, me ha hecho perder la confianza en mí mismo, me ha engañado!

JUEZ.—(*Adelantándose*) Tenga cuidado. Todo esto será utilizado en el juicio.

JORGE.—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¡Salga de mi casa!

JUEZ.—No se puede echar a la Justicia. Usted no puede nada contra ella. Quiero advertirle una vez más que todas sus palabras serán utilizadas en su contra. Tenga cuidado. (*A la Secretaria*) ¿Está usted tomando nota, señorita?

SECRETARIA.—(*Humilde*) Sí, señor.

El Juez, como una gran concesión, le acaricia el pelo.

JUEZ.—(*A la Secretaria, paternal*) Bien, muy bien. Siento mucho que tenga que presenciar una escena tan penosa; pero la Ley es acabar con este tipo de malhechores. Mientras ellos existan, la Sociedad no puede dormir tranquila.

JORGE.—Esto es un abuso. ¿Con qué derecho...? Estoy en mi casa. Acabo de acostar a mi hijo.

JUEZ.—Apunte usted, señorita, apúntelo todo.

JORGE.—Tengo derecho a defenderme. Yo...

Jorge habla gesticulando, pero no se escuchan sus palabras. Música.

SECRETARIA.—¿Tomo nota literalmente de eso, señor?

JUEZ.—Sí, señorita.

Jorge gesticula.

SECRETARIA.—¿Eso también?

JUEZ.—Todo, señorita.

Jorge gesticula. Al fin, la secretaria levanta el lápiz aterrorizada, se lleva las manos a los oídos y mira al Juez, interrogándolo.

JUEZ.—Es suficiente, señorita. Positivamente no está en sus cabales. Pobre hombre.

Salen el Juez y la Secretaria. Se para la música.

JORGE.—¡No, esperen! (*A Eduardo*) Es imposible, no han escuchado lo que digo, han ignorado mis palabras. ¿Qué puedo hacer?

EDUARDO.—Cálmate. No te entiendo. En esos términos es imposible explicarnos.

JORGE.—¡Pero el juez...!

EDUARDO.—¿De qué estás hablando? ¡Cálmate! Ése no era el trato. ¡Vamos a hablar como amigos, no lo olvides.

JORGE.—No entiendo... (*Desesperado*) ¿Quién soy yo?

EDUARDO.—Tú eres Sylvia.

La Niña, empujando el cochecito, en el que el Niño llora, atraviesa la escena de un lado a otro, por primer término y desaparece. Eduardo toma la llave y la examina con cuidado.

JORGE.—La llave...

EDUARDO.—(*Casual, como un inocente amigo de visita, señalando el retrato de Sylvia*) ¿Ésa es tu última obra?

JORGE.—¿Qué tontería! Sabes perfectamente que no. Es un retrato muy antiguo.

EDUARDO.—Da lo mismo. Podría haber sido una obra maestra; pero no supiste capturar la verdad del modelo.

JORGE.—(*Interesado y un poco angustiado*) ¿Te parece?

Se acerca a mirar el cuadro.

EDUARDO.—Decididamente. Has olvidado que el deber del artista es penetrar la realidad y poseerla, no falsificarla. En todas tus últimas obras —y te advierto que no ganas nada con negar que ésa es una obra reciente— no has logrado aclarar, sino tan sólo deformar. Eso es imperdonable, Jorge. Tu pintura ya no es más un instrumento al servicio de la verdad, la ciegan y limitan las pasiones

JORGE.—¿Pero cuál es la verdad?

EDUARDO.—No me lo preguntes. Tú eres el artista, tú debes conocerla.

JORGE.—No te entiendo.

EDUARDO.—Exámate a ti mismo, medita y lo comprenderás.

JORGE.—(*Suspicas*) ¿Quién te ha hecho ver eso?

EDUARDO.—No preguntes tonterías.

JORGE.—Sí, sí... Tienes razón.

Se sienta desconsolado. Eduardo juega con la llave. Entra Sylvia.

SYLVIA.—(*Caminando directamente hacia Eduardo y besándolo en la mejilla*) ¿Te hice esperar demasiado?

EDUARDO.—En lo absoluto.

Jorge los mira, esperando su turno para hablar; pero cuando va a abrir la boca, Sylvia lo interrumpe.

SYLVIA.—(*Suspira*) Bueno; estoy a tus órdenes.

EDUARDO.—En realidad, llegué demasiado temprano; tenemos tiempo de sobra. ¿Quieres que vayamos a algún lado antes o prefieres que esperemos aquí?

SYLVIA.—¡Tiempo, tiempo! ¡Qué maravilloso es saber que tenemos tiempo de sobra! ¡Qué maravilloso es saber que tú tienes tiempo de sobra! ¿Sabes qué cosa es el tiempo, Eduardo? ¿posees ese extraño secreto, ese resorte que abre todas las puertas? Durante un tiempo, yo creí que sabía lo que era el tiempo. El tiempo era mi tiempo; me pertenecía. Ahora se me ha escapado de las manos y estoy fuera de él, perdida en el espacio puro, en el vacío, en la nada. Es formidable verte así, dueño de tu tiempo, sin espacio. (*Transición*) Tú mandas. ¿Quieres que esperemos aquí?

EDUARDO.—Perfecto.

SYLVIA.—¿Una copa?

EDUARDO.—Sí.

Sale Sylvia. Jorge mira a Eduardo y Eduardo al retrato. Entra Sylvia con dos copas, y le entrega una a Eduardo.

JORGE.—(*Tratando de hacer un chiste*) ¿No hay una para mí?

Sylvia y Eduardo actúan como si él no estuviera allí.

SYLVIA.—Salud.

EDUARDO.—Salud.

Los dos beben, se miran a los ojos y sonríen.

JORGE.—(*Todavía en broma*) Me gusta verlos juntos; se entienden bien...

Sylvia y Eduardo siguen actuando como si él no estuviera allí y seguirán así hasta el final de la escena.

SYLVIA.—¿Cuándo nos vimos por última vez?

EDUARDO.—Ayer.

SYLVIA.—¿Es posible?, ¿el sol ha salido y se ha ocultado una sola vez?

EDUARDO.—Sí.

SYLVIA.—¿Y en qué has pensado en todo ese tiempo?

EDUARDO.—En nada. Pero soñé contigo.

SYLVIA.—¿Otra vez?

EDUARDO.—Otra vez.

SYLVIA.—¿Y qué hacía yo ahora?, ¿te estorbaba, te ayudaba, era tuya, desaparecía? Cuéntamelo todo.

Jorge los mira asombrado, moviendo la cabeza de un lado a otro.

EDUARDO.—No sé. Lo olvidé al despertar. Sí, o tenía "la sensación de Sylvia".

SYLVIA.—¿De qué color era esa sensación?

EDUARDO.—Tampoco lo sé. No te entiendo...

SYLVIA.—¿Ves? Es lo malo contigo. Jorge lo sabría.

Eduardo la mira triste; Jorge sonríe, encantado.

SYLVIA.—Pero en cambio de eso, ¡Jorge ignora tantas cosas!

Jorge la mira, triste; Eduardo sonríe, encantado.

EDUARDO.—Quédate así; déjame mirarte.

SYLVIA.—¿Cómo?

EDUARDO.—Con esa mirada, con esa sonrisa. De todas tus caras es la que más me gusta.

JORGE.—¿Puedo dar mi opinión sobre eso?

Los dos lo ignoran. Eduardo se sienta junto a Sylvia y le toma la mano.

EDUARDO.—Quisiera poder mirarte siempre así.

Jorge levanta las manos en un gesto de indignación y los mira asombrado.

SYLVIA.—(*Sin quitar la mano*) No tienes derecho a irrumpir en mi vida, a jugar con mi felicidad como lo haces, Eduardo; ningún derecho. Soy demasiado débil, estoy demasiado en tus manos. Todas las mujeres somos así. Para ustedes todo es un juego, el juego entre el tiburón y las sardinas. Estamos solas y sabemos que pueden devorarnos en cualquier momento y ustedes se complacen haciéndonos ver el peligro, revelando a cada momento su fuerza, girando alrededor de nosotras y demorando deliberadamente el momento de la lucha, porque como conocen el resultado se complacen retardando el momento del triunfo para paladearlo mejor. ¿Por qué me tomas la mano, por qué me torturas? Conociendo mi debilidad te deberías prohibir utilizarla. Devuélveme la tranquilidad, déjame ser feliz en mi pobreza.

EDUARDO.—(*Orgulloso, lleno de confianza, como quien hace una gran concesión*) ¿Eres feliz con Jorge?

SYLVIA.—Con mi vida. No es una vida hermosa; pero yo la acepto.

EDUARDO.—¿Por qué? Tú tienes derecho a todo.

SYLVIA.—No me lo preguntes. Me imagino que porque así es mi naturaleza. ¡Si pudiera hacerte comprender! Si pudiera explicarte con claridad cómo me gustaría que fuera nuestra relación. Yo quiero que tú y Jorge vuelvan a ser amigos, sin que eso signifique que yo tengo que renunciar a ti.

EDUARDO.—O a él.

SYLVIA.—O a él, a mi dulce, mi pobre, mi querido Jorge. (*Pausa*) Devuélveme mi mano.

Eduardo le besa la mano y la suelta. Sylvia la lleva hacia sí como quien recupera un objeto perdido.

SYLVIA.—Tú no conoces a Jorge. En todos los años de amistad por los que los dos aseguran haber pasado, no has llegado a conocerlo. Jorge es una gran persona; es dulce, cariñoso, frágil, comprensivo; es un tímido que se defiende de sí mismo disfrazándose de cínico; y es también, sobre todo, la persona más egocéntrica, egoísta, ciega, doble, ruin y malintencionada que he visto en mi vida; utiliza a las personas para alimentarse y en ese punto es insaciable. ¡Mi pobre, querido Jorge!

Jorge la mira demasiado asombrado para moverse.

EDUARDO.—Pero entonces...

SYLVIA.—Espera, déjame terminar. Ustedes están siempre tan ocupados consigo mismos que nunca me dejan explicarme. Déjame hablar ahora, sé generoso. Tus oídos me hacen verdadera falta. ¿Puedo hacerlo?

EDUARDO.—(Rendido) Sí.

SYLVIA.—El problema se reduce a una sola frase: necesito mis fuerzas, tengo que ser dueña de mí misma para sostenerlo a él. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Te estoy pidiendo que renuncies. ¿Serás capaz de hacerlo?

EDUARDO.—(Dramático) Sí. (Se pone de pie) Adiós, Sylvia.

JORGE.—Sylvia, mi amor...

SYLVIA.—(A Eduardo) ¿Adónde vas?

EDUARDO.—Te dejo. No quiero estorbarte más.

SYLVIA.—No; espera. No tienes que irte inmediatamente.

EDUARDO.—¿No?

SYLVIA.—¡Eduardo, Eduardo! No juegues así conmigo. Ahora no me estorbas y a ti también te necesito. ¿No te he revelado todos mis secretos?, ¿no te he dado la llave de mi casa? Mírame. Me he vestido para ti, en este momento soy tuya. (Eduardo avanza hacia ella) Pero no de esa manera, no como tú piensas. Ya hemos hablado antes de eso. Ven, siéntate aquí, a mi lado. (Eduardo obedece) ¿Sabes lo que pensé el día que te conocí? "Eduardo tiene que ser mi mejor amigo." No vas a defraudarme, ¿verdad?

EDUARDO.—No.

SYLVIA.—Estaba segura. (Le toma la mano) Pero para ser amigos tengo que conocerte realmente, tengo que saber todo lo que eres, tus pensamientos más íntimos, tus deseos más secretos.

EDUARDO.—Los conoces.

SYLVIA.—¿Ésos son?

EDUARDO.—Ésos.

SYLVIA.—Dime una cosa más entonces; ¿tú crees que Jorge está enamorado de mí?

EDUARDO.—¿Quién puede saberlo?

SYLVIA.—¿Crees que yo estoy enamorada de él?

EDUARDO.—Prefiero que tú respondas a eso.

SYLVIA.—Sí; estoy enamorada.

Eduardo gesticula; Jorge sonríe.

SYLVIA.—(A Eduardo) ¿Qué te pasa?

EDUARDO.—Sufro, sufro terriblemente, no puedo soportarlo. ¿Por qué tienes que atormentarme? ¡No puedo más!

SYLVIA.—Pobre mío, pobre Eduardo, ven, pon la cabeza aquí.

Señala sus piernas.

EDUARDO.—(De pie) No, no quiero volver a verte; déjame en paz.

SYLVIA.—Ven.

Eduardo obedece y se recuesta en el sofá con la cabeza en sus piernas.

SYLVIA.—¿Sabes que tienes un pelo muy bonito?

EDUARDO.—(Malhumorado) No.

SYLVIA.—Lo tienes. Un pelo muy bonito y la cabeza ardiendo. Mi Eduardo. ¿Por qué nunca me dejas terminar? Si algún día me escucharas todas mis palabras, las cosas cambiarían por completo. Terminaría esta confusión terrible y nos entenderíamos al fin. Déjame acariciarte. Me gusta sentir tu pelo, me gusta saber que tengo sobre las piernas todos tus pensamientos, ese mar revuelto y agitado. Jorge no me comprende, Jorge no ha sabido hacerme feliz, Jorge me ha llenado de promesas falsas, Jorge no me quiere, ya no existe nada entre nosotros; pero ¿quién me dice, quién puede ase-



gurarme que tú serás distinto? Estoy cansada de sufrir derrotas.

JORGE.—¡Es el colmo! ¡Yo estoy aquí! ¡No pueden hacer eso en mi presencia! (A Eduardo) ¡Levántate inmediatamente! ¡No soporto esto un minuto más! ¡Levántate!

Intenta levantarlo a la fuerza; pero es como si no lo tocara, Eduardo sigue impávido.

JORGE.—No puede ser...

Se sienta desesperado a mirarlos.

EDUARDO.—(Al mismo tiempo) Yo te quiero, yo puedo hacerte feliz, yo puedo llenarte de realidades.

SYLVIA.—¿Es verdad?

EDUARDO.—(Sentado junto a ella) Por completo. Conmigo sería diferente. Haz la prueba; sé que no te arrepentirás.

SYLVIA.—¿Cómo puedo saberlo?

EDUARDO.—Sylvia, por favor, mi vida, si me quieres déjame besarte.

SYLVIA.—Háblame más antes, déjame ver las cosas, envuélveme en tus palabras.

EDUARDO.—No tengo que decir nada; el tiempo lo irá demostrando.

SYLVIA.—¡El tiempo!

EDUARDO.—¡Déjame besarte!

JORGE.—¿Dónde está ahora el juez?, ¿por qué nadie apunta todo esto? (Se besan) ¡Véanlo todos! ¡Me está engañando! ¡Ha engañado a Eduardo, a mi amigo! ¡Eduardo, no seas imbécil, es un engaño, a mí me pasó lo mismo! ¡El juez! ¡Sepárense inmediatamente!

Intenta separarlos; pero ellos no advierten sus esfuerzos.

SYLVIA.—¿Qué vamos a hacer ahora?

EDUARDO.—Írnos, solos, tú y yo, para siempre.

SYLVIA.—Pero ¿y Jorge?

EDUARDO.—Olvídalo. Él no te necesita, me lo ha confesado, quería que los dos renunciáramos a ti.

JORGE.—(*Ahora calmado, consciente de que lo oyen*) Es mentira. Te está engañando. Es él el que... (*Estallando*) ¿Por qué no me hacen caso? ¡Sylvia!

SYLVIA.—Va a sufrir.

EDUARDO.—No, no sufrirá. Olvidalo.

SYLVIA.—Y tú ¿me quieres?

EDUARDO.—¿No lo ves?

SYLVIA.—Tal vez. Allá, en el fondo de tus ojos. Pero no quiero engañarme, Eduardo, quiero ser justa.

EDUARDO.—Eres justa, eres maravillosa, eres perfecta, eres todo, absolutamente todo.

Se besan.

JORGE.—(*Abatido*) No puede ser...

SYLVIA.—Déjame mirar por última vez la casa. (*Pasea la mirada por la habitación y luego habla mirando directamente a Jorge; pero como si él no estuviera allí*) Intenté hacerte feliz, Jorge, antiguo amor mío; pero tú no supiste comprenderme. (*Pausa. Suspira*) Vamos, Eduardo. Aléjame de este mundo de mentira y de silencio, devuélveme a la vida. No quiero mirar atrás, quiero olvidar el pasado, volver a creer. Llévame contigo, Eduardo.

Salen.

JORGE.—¡Esperen! ¡No pueden hacer eso! ¡Te está engañando, Eduardo! ¡El juez! ¡Tiene que mirarlos! ¡Es un engaño y una traición espantosa! ¡Tienen que creerme!

Las últimas palabras las dice afuera ya. La escena queda vacía. Pausa muy larga. Entra Martha llevando de la mano a Jorge, que camina como un idiota, con la mirada perdida y tropezando con las cosas.

MARTHA.—(*Suavemente*) Ahora tienes que descansar, descansar, olvidar los sueños y tomarlo todo con calma. Siéntate allí y no pienses en nada; concéntrate en algo, en cualquier punto y olvida, olvida simplemente. Te ha agotado la calle, el ruido, las miradas de la gente; pero en realidad no ha pasado nada.

Jorge se sienta, Martha lo mira llena de lástima y ternura.

JORGE.—¿Ésta es tu casa?

MARTHA.—Claro. ¿No la reconoces?

JORGE.—Sí; pero me parece que... ¿Desde cuándo vives aquí?

MARTHA.—(*Sonríe*) Desde siempre.

JORGE.—¿Y ese retrato?

MARTHA.—¡Jorge, por favor! Es imposible que no lo reconocas. Es Sylvia. Tú y ella me lo regalaron.

JORGE.—¿Cuándo?

MARTHA.—No voy a decírtelo; tú debes recordarlo. Piensa.

JORGE.—(*Después de una pausa, por salir del paso, pero angustiado*) Sí, tienes razón, ahora lo recuerdo.

MARTHA.—¿Lo ves? Pensando, siempre se descubre todo. Yo sé muy bien lo que te pasa. Tus males son imaginarios. Tú eres tu único enemigo.

JORGE.—Es posible.

MARTHA.—Estoy segura. ¿Reconoces ahora la casa? Es todo mi tesoro. Ese sofá se hace cama. Sylvia y yo hemos dormido muchas veces allí. Tal vez puedas mirarlo más a gusto sabiendo que guarda la imagen de su cuerpo. Del suyo y del mío; pero me imagino que el mío no te interesa. Voy a prepararte un café ¿quieres? El café siempre cae bien.

JORGE.—Sí; gracias.

MARTHA.—Y cálmate, ponte a gusto. Ya sabes que estás en tu casa.

JORGE.—(*Con una sonrisa tonta*) Sí.

Salen Martha. Jorge se levanta, da unos pasos, mira el retrato, se encoge de hombros y se acuesta en el sofá.

JORGE.—(*Mecánicamente*) No quiero pensar que estoy soñando porque entonces estaría cerca de despertar. No quiero pensar que estoy soñando porque entonces estaría cerca de despertar. No quiero pensar que...

Se sienta de golpe, como asustado, mira en su alrededor y vuelve a acostarse. Entra Martha.

MARTHA.—Estará listo en un instante. ¿Te gusta muy cargado?

JORGE.—(*Se sienta*) Me da lo mismo; como tú lo tomes.

MARTHA.—No; acuéstate otra vez. Así estabas bien.

Jorge obedece y ella se sienta a su lado, en el mismo sofá.

MARTHA.—¿Qué cuerpo encontraste, el mío o el de Sylvia?

JORGE.—Creo que ninguno.

MARTHA.—¿Ninguno?, ¿con toda tu imaginación? Es imperdonable. No me digas que tengo que ayudarte. Allí, en el cojín, debajo de tu cabeza, está mi camisón, ¿quieres verlo? Es una verdadera obra de arte. (*Se inclina sobre Jorge, saca el camisón y lo levanta*) ¿Qué te parece?

JORGE.—Muy bonito.

MARTHA.—(*Se ríe*) Ustedes no entienden nada. Es inútil. Imagínatelo conmigo adentro. La seda sobre mi piel, los tirantes resbalándose sobre mis brazos. ¿Es mejor así?

Vuelve a poner el camisón en su lugar, inclinándose sobre Jorge. Éste le acaricia el brazo.

JORGE.—¿Te gusta vivir sola?

MARTHA.—Me he acostumbrado. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Yo tengo demasiados intereses, hago tantas cosas que es imposible encontrar a alguien que me siga o que me acepte. Tendría que ser un loco.

JORGE.—Tal vez tengas razón. (*Pausa*) Estoy tan cansado...

MARTHA.—Ya lo veo. Pero ahora no tienes que preocuparte de nada. Yo no tengo ninguna prisa y además me da mucho gusto haberte rescatado; hubieras terminado en la cárcel o en el manicomio.

JORGE.—Sylvia siempre me decía eso. ¿Tú también crees que estoy loco?

MARTHA.—Todos estamos un poco locos; pero lo que te pasa a ti es que estás cansado. No pienses en nada. Ya te lo dije; descansa.

JORGE.—(*Soñoliento*) Sí.

MARTHA.—¿Te gusta el color de mis brazos? Me he puesto una loción especial para quemarme.

Estira los brazos hacia él.

JORGE.—A ver.

Martha se acerca un poco. Jorge le toma una mano para acercarse el brazo y con la otra se lo acaricia de arriba abajo. Durante un tiempo muy largo hacen esto sin hablar; ella fingiendo que lo hace por distraerlo, él fingiendo que lo hace medio dormido, sin darse cuenta.

MARTHA.—También me he puesto en las piernas.

Las levanta para que él las vea.

JORGE.—¿Sí?

Empieza a acariciarle las piernas; pero cuando llega a los muslos ella se aparta.

MARTHA.—¡Jorge, por favor! (*Se levanta*) Ya debe estar el café; espérame aquí.

Jorge, que empezaba a incorporarse, se desploma en el sofá. Martha sale.

VOZ DE MARTHA.—¿Qué ha pasado entre tú y Sylvia?

JORGE.—No sé. Eduardo... me imagino...

VOZ DE MARTHA.—No digas tonterías. No puede ser.

JORGE.—¿Te parece?

Pausa larga.

VOZ DE MARTHA.—¿Dijiste algo?

JORGE.—No, nada.

Entra Martha con una bandeja, dos tazas y una tetera.

MARTHA.—Aquí está. El té te caerá perfectamente, te calmará los nervios. Yo lo prefiero al café por eso.

Baja la bandeja sobre la mesa y sirve.

MARTHA.—Sin azúcar, ¿verdad?

JORGE.—Como quieras.

MARTHA.—Ten cuidado; está caliente.

Jorge toma la taza y la deja en el piso a su lado; Martha toma la otra y se sienta en el sillón.

JORGE.—¿Por qué no te sientas aquí, como antes?

MARTHA.—¿Para qué?

JORGE.—Me gusta más.

MARTHA.—Desde aquí te oigo perfectamente.

JORGE.—No importa.

MARTHA.—Como quieras. *(Toma su taza, se sienta a su lado y da unos tragos)* ¿No quieres probarlo? Está muy bueno. Mi café no se parece a ningún otro. ¿O a ti te gusta más el té? Yo no sé por qué, pero no puedo tolerar el té.

Jorge toma la taza y da unos tragos.

MARTHA.—¿No está demasiado dulce? Le eché mucha azúcar.

JORGE.—Está muy bien.

Los dos dejan las tazas sobre el piso. Jorge le toma la mano y empieza a acariciarla. Ella pretende no advertirlo.

MARTHA.—Yo no sé que le pasa a Sylvia. La conozco desde hace años, desde que éramos niñas, pero nunca he podido comprenderla. Y lo peor es que me parece que ella tampoco se comprende a sí misma. *(Mientras habla, Jorge le acaricia el brazo y de vez en cuando le besa la mano. A veces ella lo aparta; pero él vuelve en seguida y ella se deja hacer)* Siempre ha sido así. En la escuela, trataba de imponernos su voluntad todo el tiempo, y apenas aceptábamos sus ideas, perdía interés y empezaba a pensar en otra cosa. Lo que le interesaba no era lo que se hacía, sino que se hiciera lo que ella quería. Pero en el fondo no le interesaba nada. Tal vez ése sea su peor defecto: el despegue por las cosas. Y eso le viene de que en realidad no puede sentir las. No es que no sepa lo que quiere, sino que en el fondo no quiere nada. Eso es muy grave, es lo peor que puede pasar. El que no siente está perdido, porque se pasa la vida experimentando para ver si puede llegar a sentir. Sylvia se ha ocultado eso y vive en un mundo imaginario. *(En tanto, Jorge trata de atraerla hacia sí. Ella se resiste, pero sin dejar de hablar, fingiendo que no se da cuenta de lo que pasa. Al fin queda inclinada sobre él, apoyándose en un brazo, mientras él le acaricia el cuello y la besa de vez en cuando cerca de los hombros. Ella sigue hablando)* Cuando empezó contigo yo estaba segura de que al fin había terminado de buscar. Vino a decírmelo aquí. Yo acababa de salir del baño y estaba desnuda todavía; pero ella no me dejó ni siquiera vestirme. Me sentó en este sofá y empezó a enumerarme todas tus virtudes. Juraba que

esta vez no se había equivocado y que tú ibas a hacerla feliz. ¿Puedes imaginarte la escena? Yo estaba sentada aquí, desnuda, y ella hablando como sólo Sylvia puede hacerlo. *(Jorge le mete la mano por debajo del suéter. Ella se separa)* ¡Jorge, por Dios! ¿Qué estás haciendo?

JORGE.—Nada.

MARTHA.—¿No me estabas escuchando?

JORGE.—Sí, sigue.

MARTHA.—Voy a sentarme allí mejor. *(Señala el sillón)*

JORGE.—No.

MARTHA.—¿Por qué?

JORGE.—Quiero verte la espalda.

MARTHA.—¿Para qué? ¿Tengo algo raro?

JORGE.—Creo que sí. Déjame mirarla.

MARTHA.—*(Se ríe)* Estás loco. A ver, mírala.

Jorge le levanta el suéter y empieza a besarla en la espalda. Entran Sylvia, el Juez y la Secretaria y los miran en silencio.

MARTHA.—No seas loco. Déjame ya. ¿Qué es lo que tengo?

JORGE.—No sé.

Le quita el suéter. Ella alza los brazos para ayudarlo. Se besan acostados en el sofá. La Secretaria deja caer el libro de apuntes y se tapa los ojos, horrorizada.

JUEZ.—¡Adúltero, adúltero! ¡Todo esto está contra la ley! ¡Es una infamia! ¡Detengan a este hombre!

Jorge y Martha se separan. Ella agarra su suéter y sale tranquilamente.

JORGE.—Usted no tiene derecho, yo soy libre.

JUEZ.—No sea iluso ni trate de engañarse. ¡Mire a esa pobre mujer, infame! *(Hacia adentro)* ¡Deténganlo, deténganlo, inmediatamente! ¡Hay que proteger a la familia!

Entra un Policía, agarra a Jorge y lo saca a fuerzas.

SYLVIA.—¡Canallas, todos son unos canallas!

Salen todos. Pausa. Entra la Niña con su mochila. Muy lentamente saca los cuadernos, los libros y los lápices y los pone sobre la mesa. Se sienta detrás de ella, de cara al público y empieza a contar en voz alta.

NIÑA.—Una y una, dos; dos y una, tres; tres y una, cuatro; cuatro y una cinco; cinco y una seis; seis y una, siete; siete y una, ocho; ocho y una, nueve; nueve y una, diez; diez y una, once; once y una, doce; doce y una, trece.

TELÓN

